

Luna llena

RACHEL HAWTHORNE

Traducción de María Otero González



Libros publicados de Rachel Hawthorne

LOS GUARDIANES OCULTOS

1. Luz de luna
2. Luna llena

Próximamente:

3. Luna oculta

Título original: *Full Moon*

Primera edición

© Jan L. Nowasky, 2009, published by arrangement with HarperCollins Children's Books, a division of HarperCollins Publishers.

Ilustración de portada: © Calderón Studio

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-676-6

Depósito Legal: B-xxxxxx-2011

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 5

Para Brandon,
extraordinario conocedor de lo paranormal.
Gracias por las sesiones de tormenta de ideas
en los desayunos
y por dejarme intercambiar ideas contigo.
¡Eres genial! Te quiere, mamá.

Prólogo



La luna llena se ha convertido en mi enemigo.

Estoy en una caverna, preparándome para la noche más importante de mi vida. Hace unos días cumplí diecisiete años. Esta noche una luna llena adornará el cielo. Cuando me coloque bajo ella, la luz de la luna me cubrirá y yo, Lindsey Lancaster, me transformaré...

En un lobo.

Soy una cambiaforma, una especie milenaria que posee la capacidad de transformarse de forma humana a animal. El animal de mi clan es el lobo.

He estado esperando esta noche prácticamente desde que tengo uso de razón, pero durante las últimas semanas he estado temiendo su llegada, porque las cosas se han vuelto muy complicadas y ambiguas. Mis sentimientos, mis emociones, están confundidos. Mi corazón me dice una cosa y mi cabeza otra.

Connor siempre ha sido mi mejor amigo. Nuestras familias pasan todo el tiempo juntas en el mundo exterior, donde todos fingimos no poseer esta extraordinaria capacidad, donde fingimos ser como los estáticos, aquellos que no cambian de forma. Nuestros padres están convencidos de que Connor y yo estamos hechos el uno para el otro.



En ocasiones tengo miedo de que nuestros padres nos hayan atrapado a Connor y a mí en sus sueños y que nosotros hayamos creído que esos sueños son también los nuestros. Una noche, delante de todo el mundo, Connor se me declaró. Me emocionó que tuviera tan intensos sentimientos por mí, porque yo creía sentir lo mismo por él. Nuestras familias lo celebraron. De acuerdo con nuestra tradición, se tatuó mi nombre con un símbolo celta, nuestro equivalente a estar comprometidos. Nuestro destino quedó sellado.

Pero entonces Rafe regresó a casa este verano tras pasar un año fuera en la universidad, y comencé a fijarme en él de una manera totalmente distinta. Cuando habla, su voz grave contiene cierta aspereza. Es tan sexi. No habla demasiado, salvo cuando tiene algo importante que decir, y, cuando lo hace, siento que me tiemblan las piernas. Sus ojos oscuros tienen la capacidad de cautivarme, de hacer que mi corazón retumbe cual trueno. Y cuando esa peligrosa mirada se desvía hacia mis labios, deseo fundirme en sus brazos y acercar su boca a la mía para saborear el fruto prohibido.

Tiene algo salvaje, prefiere vivir la vida al límite. Es el gran lobo feroz (perdonad el juego de palabras). Y hay algo en él que llama a mi parte más salvaje... pero es una llamada a la que no puedo responder.

Connor es mi destino.

Es dos años mayor que yo y ya ha pasado por su primera transformación. Esta noche me ayudará a experimentar la mía. Me obliga a pensar en Connor: su pelo rubio; sus ojos azules; sus muecas, que siempre me hacen reír. En estos momentos está esperando por mí, esperando a compartir la noche más importante de mi vida. Me abrazará, me ayudará con la transición, se



asegurará de que sobreviva. Después de vivir esa experiencia juntos, estaremos profundamente unidos, para siempre. Así es como se supone que tiene que ocurrir.

Observo mi reflejo en el espejo. Mis ojos son de color avellana, aunque el color tiende a cambiar según mi estado de ánimo. Esta noche son más azules que verdes o marrones. Están tristes cuando tendrían que estar llenos de emoción, el tipo de emoción que una chica experimenta antes del baile de graduación.

Mis cabellos rubios, casi blancos, caen por mis hombros. La capa de terciopelo blanca que llevo acaricia mi piel desnuda, y mi nerviosismo se relaja cuando pienso que pronto será la luz de la luna la que me acariciará. La luz de la luna y Connor.

Me aparto del espejo y me dirijo a la entrada de la caverna, donde una cascada esconde nuestra guarida de aquellos que desconocen nuestra existencia. Avanzo por detrás de la cortina de agua y rodeo el lago, que pronto reflejará la salida de la luna.

Observo que Connor espera pacientemente mi llegada. Lleva una capa negra. Extiende su mano y yo coloco mi palma contra la suya. Sus dedos (tan largos, tan firmes) rodean los míos, que de repente parecen demasiado delicados y frágiles por lo que está a punto de ocurrir. Connor, como si notara mi aprensión, me atrae hacia sí. Sentirlo cerca me tranquiliza. Él es el único. Siempre lo ha sido.

Se acerca hacia mí y roza sus labios contra los míos. Mi corazón palpita ante la magnitud de lo que estamos a punto de hacer.

Me coge de la mano y me lleva hasta el claro, hasta la luna, que espera para unirnos para siempre.

Tan solo espero no haberme equivocado. De lo contrario, voy camino de cometer el error más grave de mi vida.





Se supone que los sueños reflejan nuestros miedos ocultos y deseos secretos; deseos y miedos que piden a gritos nuestra atención. El sueño que tuve anoche fue tan real que incluso ahora, con la oscuridad a punto de caer de nuevo, todavía hace que se me pongan los pelos de punta. Estaba sentada, apoyada contra una de las paredes de la sala del Consejo donde los mayores y los guardianes ocultos (los protectores de nuestra sociedad) debatían las mejores opciones para garantizar nuestra supervivencia. Como todavía no había experimentado mi primera transformación, aún era aprendiz de guardiana oculta y por tanto no se me permitía sentarme en la mesa redonda junto a los demás. Pero lo prefería, porque así podía dejar que mi mente vagara sin que nadie se percatara de que no estaba prestando atención.

En mi sueño estaba en un claro con mi pareja, Connor, y nos abrazábamos con tanta fuerza que apenas podíamos respirar. La luna llena nos iluminaba.

Entonces, lóbregas nubes cubrían la luna y todo se volvía tenebroso. Todavía abrazada a él, notaba los músculos y huesos de su cuerpo contra mí. Connor se hacía cada vez más alto y ancho. Mis dedos estaban entrelazados en su pelo, y sentía que los mechones crecían y se espesaban. Connor me



besaba, pero sus labios eran más carnosos. El beso fue más apasionado que cualquiera que me hubiera dado antes. Noté que el calor me cubría de los pies a la cabeza y entonces supe cómo tenía que sentirse una vela cuando su abrasadora llama la derretía. Sabía que tenía que apartarme, pero me agarraba a él como si fuera a ahogarme en un mar de dudas si lo soltaba.

Poco después, las nubes comenzaban a desvanecerse y la luz de la luna volvía a iluminarnos, solo que ya no estaba en brazos de Connor. Estaba abrazándome a Rafe, besándolo, deseando que me tocara...

Me revolví incómoda en mi butaca al recordar lo desesperadamente que había deseado a Rafe. Era a Connor a quien se suponía que tenía que desear. Pero me había despertado entre una maraña de sábanas, deseosa de que Rafe volviera a acariciarme, aunque solo fuera en sueños.

Me estremecí de nuevo. Entonces noté un codazo en las costillas.

—Estate quieta ya —me susurró Brittany Reed. Estaba sentada a mi lado. Al igual que yo, pronto cumpliría los diecisiete y experimentaría su primera transformación con la próxima luna llena.

Conocía a Brittany desde la guardería. Éramos amigas, pero nunca me había sentido tan unida a ella como a Kayla, a quien había conocido el verano pasado, cuando sus padres adoptivos la habían traído al parque para que hiciera frente a su pasado. Habíamos conectado casi desde el primer momento en que nos vimos. Habíamos estado todo el año contándonos nuestras vidas por correo electrónico, mensajes y llamadas de teléfono.



Durante la última luna llena ella había descubierto que era uno de los nuestros y que Lucas Wilde era su pareja. No podía imaginarme lo aterrador que tenía que ser tener tan poco tiempo para prepararse. Nosotros, los cambiaformas, no podemos controlar la primera transformación. Cuando la luna llena se pone, nuestros cuerpos reaccionan a su llamada. En esos momentos, Kayla estaba sentada en la mesa junto a los demás.

El solsticio de verano, el día más largo del año, es por lo general el momento en el que el mayor número de los nuestros se reúne para celebrar nuestra existencia. Pero este año una oscura amenaza se cernía sobre nosotros mientras nos hallábamos reunidos en Wolford, una aldea escondida en lo más recóndito del parque nacional (situado junto a la frontera con Canadá). Lo que otrora había sido una comunidad llena de vida, se reducía en esos momentos a unos cuantos edificios y a la enorme mansión que era el hogar de los mayores que nos gobernaban. La residencia también alojaba a la mayoría de los nuestros durante la celebración del solsticio.

Siempre hemos sido una sociedad secreta. Incluso aunque hayamos vivido entre el resto de la gente, solo revelamos nuestro verdadero yo a los que son como nosotros. Pero habíamos descubierto recientemente que el hermano mayor de Lucas nos había traicionado y le había hablado de nuestra existencia a alguien del mundo exterior. Ahora unos científicos que trabajan para una compañía de investigación médica llamada Bio-Chrome estaban decididos a capturarnos y averiguar cómo éramos o, más importante todavía, qué era lo que hacía que nos transformáramos.



Querían patentar nuestra capacidad, desarrollarla y usarla para su propio beneficio económico. Pero ser diseccionados y estudiados no entraba en nuestros planes para esas vacaciones de verano.

Aunque no había ni rastro de los científicos de Bio-Chrome desde que Lucas y Kayla escaparan de sus garras, no creíamos que fueran a renunciar tan fácilmente. Estábamos nerviosos porque podíamos percibir un enfrentamiento inminente (de la misma manera que un animal percibe que va a haber tormenta). La naturaleza había hecho que nos adaptáramos al peligro. Ese era el motivo por el que no habíamos corrido la misma suerte que los dinosaurios.

Brittany tenía razón. Había que mantener la calma. Tenía que dejar de pensar en esa locura de sueño y prestar más atención a lo que se estaba diciendo en la mesa. Por desgracia, mientras observaba a los allí presentes, mis ojos chocaron con los de Rafe. Me estaba mirando con tal intensidad que llegué a pensar que sabía de mi inquietante sueño. Sus oscuros ojos me miraron desafiantes, tentándome a correr el riesgo de que me pillaran mirándolo en vez de estar pensando en cómo protegernos de Bio-Chrome. En ese momento en particular, sin embargo, no creía que ninguno de esos científicos fuera más peligroso para mí que Rafe.

Me estaba observando con determinación. Casi podía sentir el roce de su mirada en mi piel. Sabía que tenía que apartar la vista, pero no quería perderme aquella conexión tan fuerte. Nunca antes había sentido algo tan intenso. Mi visión se volvió borrosa y las palabras de los demás comenzaron a distorsionarse, como si me hallara bajo el agua. Mi corazón latía a gran velocidad en un segundo y al siguiente se



ralentizaba; estaba tan confundido como yo. Quería ponerme en pie y caminar hacia Rafe. Quería salir corriendo de la habitación.

Rafe nunca hablaba mucho durante las reuniones. A decir verdad, nunca hablaba demasiado. Era el segundo de Lucas; más de acciones que de palabras. Siempre parecía que se le había olvidado afeitarse, con esa barbita incipiente en la barbilla. Su pelo, abundante y liso, le caía por los hombros y era oscuro como una noche sin luna. Sus ojos eran del color del caramelo al fuego. Cuando se transformaba, era hermoso... y letal.

El verano pasado había visto a Rafe acabar con un puma cuando habíamos estado reconociendo el terreno antes de llevar a unos excursionistas a la zona. El puma había atacado, Rafe se había transformado y yo había sido testigo directo de lo que los nuestros eran capaces cuando se sentían amenazados. Éramos agresivos y mortales.

Incluso en su forma humana, Rafe me aterrorizaba con todo aquel poder que sentía emanar de él. No sabía por qué había comenzado a atraer mi atención recientemente, aunque «atraer» era una palabra demasiado suave. No podía estar más de cinco segundos sin pensar en él, sin mirar a mi alrededor para ver dónde se encontraba. Sentía por él una curiosidad que jamás antes había experimentado con ningún otro chico, ni siquiera con Connor. Quería saber qué tipo de películas le gustaban y qué libros leía. Quería cogerle el iPod y descubrir cuál era su música favorita. Pero sobre todo quería saber qué se sentía estando entre sus brazos, tal como había ocurrido en mi sueño. Quería sentir el calor de sus besos.



—Solo dos semanas más y podremos jugar con los mayores —susurró Brittany, rompiendo el hechizo que me poseía y haciendo que sintiera una punzada de culpabilidad. ¿Había visto a quién estaba mirando, sabía quién era el «mayor» que me tenía embelesada? ¿O es que ella también había estado observando a los de la mesa con la esperanza de llamar la atención de alguien? La leyenda decía que una chica no podía sobrevivir a la primera transformación si lo hacía sola.

—¿No tienes miedo? —pregunté—. Ya sabes, como nadie se te ha declarado aún.

Tan pronto como lo dije, me reprendí a mí misma. Brittany probablemente estuviera ya bastante preocupada como para que encima yo se lo recordara.

Pero Brittany tan solo puso la mirada en blanco y ladeó la cabeza, lo que hizo que su trenza de pelo negro como el carbón le cayera por el hombro.

—Eso es tan medieval. No debería tener que esperar a que un chico levantara el culo y se me acercara. Si él es el chico al que quiero, debería poder pedírselo yo. No hay nada malo en ser un poco hembra alfa. Después de todo, estamos en el siglo XXI.

—Entonces, ¿a quién se lo pedirías si estuviera permitido?

Vaciló, y durante un breve segundo pensé que iba a decirme un nombre, pero entonces se limitó a encogerse de hombros, como si todavía no se hubiera decidido.

—Alguien a quien mis padres no me hubieran metido por los ojos.

¡Brrr! Sabía que estaba refiriéndose a que, en cierto modo, mis padres y los de Connor habían provocado que estuviéramos juntos.



—Mis padres no escogieron a Connor.

—Despierta. Vacaciones familiares, gimnasia, fiestas de cumpleaños... vuestras familias han hecho todo juntas desde que vosotros dos nacisteis.

No podía rebatirla. Connor siempre había estado presente en los momentos más importantes de mi vida. Tenía fotografías con Connor tirándonos por la Torre del Terror en Disney World, haciendo *bodyboard* en las playas de Hawái, esquian-do en Aspen... Y la lista seguía y seguía. Habíamos pasado muchos veranos gritando y riendo mientras nos montá-bamos en todas las atracciones locales de los lugares a los que nuestros padres nos llevaban de vacaciones. Recordaba lo sola que me había sentido durante las vacaciones de mi decimoquinto cumpleaños cuando él había pasado su primer verano y vacaciones de invierno trabajando en el parque nacional como serpa (nuestro nombre para aquellos que guían a los excursionistas al corazón del parque y se aseguran de que no se acerquen a nuestras áreas). Al verano siguiente me inscribí en el programa de los serpas.

—Siempre nos lo hemos pasado bien juntos —le dije a Brittany—. Somos compatibles.

—¿Compatibles? Parece como si estuvieras escogiendo unos zapatos que fueran con tu falda nueva. Aceptar a tu pareja es probablemente la decisión más importante de tu vida.

—¿Por qué estás cuestionando mi elección? —*Y ya de paso hacer que me la cuestione yo*, pensé. ¿O era el sueño el que estaba provocándome esas estúpidas dudas?

—Porque no es justo para Connor si no lo quieres de verdad.



—¿Y desde cuándo eso es asunto tuyo? —le respondí. Su boca se convirtió en una línea recta. Llevaba desde principios de verano dándome la lata con mi relación con Connor, insinuando que no era una buena novia—. Oh, Dios mío. ¿Estás enamorada de él?

Antes de que pudiera responder (asumiendo que fuera a hacerlo, claro está), Lucas Wilde, nuestro líder, se giró y nos miró. Tras su silenciosa reprimenda, apreté los labios, asentí y me concentré en lo que se estaba discutiendo en la mesa. Tras nuestras transformaciones, Brittany y yo nos uniríamos a ellos y los guardianes ocultos alcanzarían así la cifra de doce miembros. Pero Kayla, Lucas, Connor, Rafe, Brittany y yo éramos un equipo de serpas. Trabajábamos juntos y nos adentrábamos con los excursionistas por los lugares más recónditos del parque. Así fue como habíamos conocido al grupo de Bio-Chrome y nos habíamos enterado de su verdadero propósito.

—No veo que haya mucho que podamos hacer en este momento —estaba diciendo Connor. Experimenté una punzada de orgullo por el hecho de que no tuviera miedo a hablar delante de los tres mayores que estaban sentados juntos; eslabones de una cadena de sabiduría e historia—. El profesor Keane y su equipo se marcharon del parque hace dos semanas. Quizá hayan abandonado la búsqueda.

El profesor Keane era el científico al frente de Bio-Chrome y uno de los cerebros que estaban detrás de ese afán por estudiarnos. El otro era su hijo, Mason.

—Pero probablemente tan solo se estén reagrupando. No me sorprendería que aparecieran cualquier día de estos —dijo Lucas.



—Yo pienso lo mismo —dijo Kayla.

Lucas le sonrió y, fuera del campo de visión de los mayores, le cogió la mano por debajo la mesa. Ya solo aquellos cabellos pelirrojos cayéndole por los hombros hacían que Kayla destacara por encima del resto, pero la manera en que resplandecía cuando Lucas la miraba hacía que su belleza resultara impresionante.

—Creedme, Mason está obsesionado con capturar a uno de nosotros y descubrir la clave de nuestra transformación. Van a volver, así que será mejor que estemos preparados —prosiguió Kayla—. No va a darse por vencido.

Al inicio del verano, Kayla había estado interesada en Mason (quizá como posible novio). No hacía falta decir que ese interés había muerto cuando descubrió que para él era solo el cebo para atrapar a Lucas. En esos momentos resultaba imposible imaginarla con alguien que no fuera Lucas.

Wilde, el abuelo de Lucas, se puso en pie.

—Permaneceremos alerta. Nuestras vidas dependen de la habilidad y astucia de nuestros guardianes ocultos. Confío totalmente en vuestra capacidad para protegernos. Ahora es el momento de celebrar el solsticio de verano, pues muchos de los nuestros han venido hasta aquí con ese fin. —Extendió los brazos como si fuera a abrazarnos a todos—. Olvidad vuestros problemas y disfrutad de la noche.

—Está de broma, ¿no? —preguntó Brittany en voz muy baja.

—Wilde no conoce a Mason ni a su padre. No comprende lo verdaderamente peligrosos que son ni lo obsesionados que están —respondí.



—¿Crees que de verdad puede hacerse? ¿Crear un suero que provoque la licantropía?

—No lo sé. Pero no es como si tuviéramos un virus en la sangre. Es algo genético. O se tiene el gen o no se tiene.

—Sí —murmuró Brittany—. Mala suerte para los que no lo tienen.

—Al menos de eso no tenemos que preocuparnos. Pronto nos transformaremos como ellos. —Me puse en pie y me alejé de Brittany cuando vi que Kayla venía hacia mí con una sonrisa resplandeciente y sus ojos azules irradiando emoción.

—¿Estabais cotilleando? Me he sentido desplazada.

—Nada importante —le dije.

—¿Lo ves? Eso prueba lo que te he dicho —dijo Brittany.

Se refería a que no pensaba que yo hubiera dedicado demasiado tiempo a elegir a mi pareja. Estaba comenzando a molestarme. Brittany tenía que cambiar el chip. Quizá si no estuviera tan obsesionada con mi elección, podría encontrar un chico para ella.

—¿Demostrar qué? —preguntó Connor cuando se acercó a mi lado. Me puse tensa al pensar en cómo reaccionaría a la acusación de Brittany de que estábamos juntos porque nuestros padres así lo habían querido.

Pero ella se limitó a decir:

—No es nada.

Me tranquilicé. No iba a revelar que creía que mis sentimientos hacia Connor no eran sinceros. No quería que él dudara de ellos porque sí que me importaba, independientemente de lo que Brittany creyera. Connor y yo siempre habíamos sabido que estábamos hechos el uno para el otro.



Lucas se colocó detrás de Kayla y la rodeó con su brazo para acercarla hacia él, como si no soportara no poder tocarla. ¿Por qué Connor y yo no teníamos esa necesidad de estar juntos todo el tiempo?

Con cuidado, eché un vistazo rápido alrededor de la sala y vi que Rafe ya se había ido. No me sorprendió. A menos que estuviéramos todos trabajando, o de fiesta, o protegiendo juntos a la manada, era un tipo solitario.

—¿Preparadas para la fiesta? —preguntó Lucas.

—¿Bromeas? Es mi primera celebración del solsticio de verano. Quiero arreglarme un poco —dijo Kayla.

La recorrió con la mirada.

—Creo que estás muy bien así.

—Oh, qué bonito —dijo Brittany burlona.

Miré a Connor.

—Yo también voy a cambiarme de ropa.

—De acuerdo, luego nos vemos.

¡Qué diferente había sido su tono al de Lucas! Me dije a mí misma que era porque Kayla y Lucas acababan de descubrirse el uno al otro, mientras que Connor y yo habíamos estado siempre juntos. Pero, a pesar de ello, no pude evitar pensar que también deberíamos sentir esa emoción cuando estábamos a solas.

—No me acostumbro a lo grande que es este lugar —dijo Kayla mientras recorríamos el pasillo en dirección al vestíbulo. Los chicos se habían quedado en la sala del Consejo. Todo lo que yo daba por sentado era nuevo para ella. Me hacía ver las cosas con otros ojos.

Todas las paredes estaban revestidas de paneles de madera oscura. El suelo de piedra estaba desgastado y arañado en



aquellas zonas que habían pisado las garras de los lobos. Retratos de nuestros ancestros, tanto en su forma humana como animal, flanqueaban las paredes.

—Todo el clan vivía aquí —dijo Brittany. Ella disfrutaba con nuestra historia, mientras que a mí, por lo general, me daba un poco igual—. Éramos autosuficientes. Entonces llegó la industrialización y fuimos conscientes de lo mucho que nos perderíamos si seguíamos aislándonos.

—Así que nos adentramos en el enorme y desconocido mundo exterior —intervine.

—No es tan malo —dijo Brittany.

—Entonces, ¿por qué tenemos que mantener en secreto nuestra existencia? —pregunté yo.

—Porque, cuando intentamos mostrarnos al mundo, nos torturaron y quemaron, acusándonos de brujería —respondió Brittany.

—Sé que eso ocurrió hace mucho tiempo —dijo Kayla—, pero ¿no pensáis que la gente es más abierta hoy en día?

—¿Cuál fue tu reacción cuando te enteraste de que existíamos? —le pregunté.

Se ruborizó tanto que las pecas que salpicaban sus mejillas desaparecieron.

—Me quedé atónita. Y, odio tener que admitirlo, pero me horrorizó descubrir que yo era uno de los vuestros. Pero ahora que sé que no somos hombres lobo feroces y con oscuras intenciones, creo que mola bastante. Es todo lo que estoy diciendo. Si diéramos a la gente una oportunidad de que viera cómo somos realmente, creo que nos aceptaría.

—O quizá querrían capturarnos y estudiarnos. Como Bio-Chrome.



—Pero si la gente supiera de nosotros, el gobierno nos protegería.

—Nos protegemos nosotros mismos —dijo Brittany con vehemencia—. Siempre lo hemos hecho. Siempre lo haremos.

—Tan solo creo que no es una mala idea tener algo de ayuda.

—Esa decisión no está en nuestras manos —dije cuando llegamos a la enorme escalera que conducía a la habitación que estábamos compartiendo—. Además, tenemos decisiones mucho más importantes que tomar. Como, por ejemplo, qué vamos a ponernos esta noche.





A diferencia de Kayla, yo ya había asistido a muchas celebraciones del solsticio de verano. Se caracterizaban por la abundante comida y la música de otra época que a nuestros padres les gustaba bailar y que nosotros, en otras circunstancias, no escucharíamos ni locos. Los de mi edad formábamos grupos pequeños para charlar y evitar a los mayores, que por lo general solían pellizcarnos los mofletes y recordarnos lo monos que éramos de pequeños.

—¿Qué me pongo? —preguntó Kayla mientras rebuscaba en su pequeño petate.

—Algo sexi —dije mientras sacaba un top rojo de tirantes. Las noches allí, tan al norte, eran bastante frías, así que tenía pensado ponerme una cazadora vaquera blanca encima.

Fui al baño donde, junto al enorme tocador, Brittany se estaba alisando el pelo con una plancha. Cuando hacíamos senderismo por el parque solíamos llevarlo recogido en un moño o trenza; lo que fuera necesario para luego tener menos enredones. Esa noche, sin embargo, iba a dejarme mi pelo rubio platino suelto.

Me acerqué al espejo y me puse rímel. Mi piel tenía un bonito color por todo el tiempo que pasaba al aire libre. La



emoción por la fiesta había hecho que mis ojos se volvieran un poco más verdes.

—¿Hacen alguna cosa rara durante esto del solsticio de verano? ¿Tengo que estar preparada? Ya sabéis, los chicos no se desnudarán y transformarán a la vez, ¿verdad? —preguntó Kayla al entrar en el baño con una falda vaquera y un bonito top rosa de encaje.

—Ojalá —murmuró Brittany—. Me gustan más cuando se transforman en lobos.

—¿De veras? —pregunté yo.

—Sí. ¿A ti no?

Lo pensé unos instantes. Lo que había dicho parecía importante, aunque no sabía muy bien por qué. Era como si nos viera de manera diferente a como nosotros, los cambiaformas, nos veíamos.

—No, a mí me parecen iguales independientemente de la forma en que estén. ¿Tú qué opinas, Kayla?

—La verdad es que no prefiero una a la otra. Lucas es Lucas de ambas maneras. Es solo una forma.

—Exacto —dije yo.

—Quizá no apreciáis al lobo tanto como deberíais —dijo Brittany con un deje de aspereza en su voz—. Me largo de aquí.

Salió a toda prisa de la habitación. Kayla arqueó una ceja. Yo me encogí de hombros.

—Está rara.

Kayla frunció el ceño.

—¿A veces no tienes la sensación de que es...? —Paró de hablar.

—¿De que es qué?



—No lo sé. Diferente. Me siento conectada a ti, como si existiera un vínculo natural entre nosotras, pero no me siento así con Brittany.

No me parecía bien admitir que a veces Brittany me daba malas vibraciones.

—Quizá sea porque todavía no la conoces lo suficiente.

—Supongo que sí.

Cuando Kayla estuvo preparada, salimos fuera, al lugar donde tendría lugar la fiesta. Estaban friendo lentamente carne de vaca en una enorme parrilla. Había verduras variadas y postres en varias mesas. La gente iba de una mesa a otra, comiendo y charlando.

—Es como un pícnic gigantesco —dijo Kayla.

—Supongo que en cierto modo es como una reunión familiar. Puede que no tengamos la misma sangre, pero estamos unidos por una antigua maldición.

—¿Crees de verdad que el primer lobo fue resultado de una maldición?

—Quizá.

—Lucas cree que llevamos aquí desde el inicio de los tiempos.

—También es una posibilidad. Brittany probablemente lo sepa. Le encanta todo lo relacionado con la historia y esas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Connor cuando Lucas y él se unieron a nosotras. Connor me cogió de la mano. Hacía siglos que no nos cogíamos de la mano. Me pregunté si él también se habría percatado de la cercanía e intimidad entre Kayla y Lucas. Llevaba una camisa verde metida por dentro de unos vaqueros oscuros. Estaba guapísimo.



—Acerca de dónde venimos —dije.

—El libro antiguo dice que siempre hemos existido —dijo Lucas mientras rodeaba la cintura de Kayla con su brazo y la atraía hacia sí.

—¿Un libro antiguo que solo podemos leer nosotros? —preguntó Kayla mientras lo miraba con adoración. Resultaba tan obvio que estaban hechos el uno para el otro.

—Solo pueden leerlo los mayores. Se guarda en una sala especial. —Lucas ladeó la cabeza—. Venga, vamos a la fiesta.

Me dispuse a ir con ellos, pero Connor me tiró del brazo para que me parara.

—Creo que quiere enseñárselo él —dijo—. Solo.

Su tono resultó de lo más insinuante.

—Oh, vale. —No pude evitar sentir celos. Kayla y Lucas apenas podían soltarse de la mano, mientras que Connor y yo nos comportábamos como colegas de toda la vida.

Me sonrió.

—Estás muy guapa.

—¿Quieres decir que habitualmente no lo estoy? —bromeé.

—Siempre estás genial. Lo sabes. Es una de las razones por las que Rafe no puede dejar de mirarte.

Sentí que se me hacía un nudo en el estómago y me pregunté si se habría percatado de que últimamente me costaba apartar los ojos de Rafe.

—No me había dado cuenta —mentí.

—Me alegro de que seas mía, de lo contrario me pondría celoso —dijo.

Me pregunté si unos celillos no era lo que estábamos necesitando. Quería sentir entre nosotros esa chispa que era tan obvia entre Kayla y Lucas.



—Vamos, cojamos algo para comer —dijo Connor, que todavía agarraba mi mano. Tiró de mí y echó a correr hacia la parrilla. No pude evitar reír tontamente por su entusiasmo. ¿Cuántas veces durante todos estos años habíamos ido corriendo a algún lado porque él estaba hambriento?

Tras llenar nuestros platos de carne (que estaba lo suficientemente hecha como para que la sangre estuviera templada), Connor y yo nos sentamos bajo un árbol y empezamos a comer en un silencio amigable.

—¿Soy yo o falta algo este año? —pregunté un rato después.

—Sí, falta algo. Se llaman risas.

Cuando lo dijo, supe que tenía razón.

—¿Crees que lo de Bio-Chrome va a ser un problema? —pregunté con la esperanza de que respondiera «no».

—Me temo que sí. No creo que vayan a darse por vencidos. —Paró de hablar—. Pero tenemos que retomar nuestros asuntos, llevar a los excursionistas al parque, actuar con normalidad. Tan solo tenemos que estar alerta, porque algunos de los excursionistas podrían ser espías.

Lo medité unos segundos.

—¿Crees que sospechan que alguien más de nuestro grupo aparte de Lucas es un cambiaforma?

—No sabría decirte.

—Creo que Mason ha leído demasiados cómics. Probablemente crea que si le muerde una araña radioactiva se convertirá en Spiderman.

Connor sonrió.

—¿Y no es así?



Le di un golpe en el brazo en broma. A Connor le encantan los superhéroes. Iron Man es su favorito, porque no tiene superpoderes. De repente me pareció extraño que Connor prefiriera al tipo que, sin su traje de metal, era tan normal como la mayoría de la gente.

—¿Te sientes a gusto siendo un cambiaforma? —solté.

—La verdad es que nunca me lo he planteado. ¿Por qué?

—Tan solo pensaba en lo mucho que admiras a Iron Man. Será mejor que deje el psicoanálisis para los profesionales.

—Sin duda.

Mis pensamientos regresaron de nuevo a Bio-Chrome.

—Quizá deberíamos poner a un espía en su campamento. Connor se me quedó mirando.

—¿Qué? —pregunté. Me incomodó la intensidad de su mirada.

—No es mala idea.

—Estaba bromeando. Además, ¿quién estaría lo suficientemente chalado como para presentarse voluntario?

—Alguien que creyera que no tiene nada que perder.

—Brittany, quizá —dije en voz baja. Le toqué la rodilla—. Connor, tú eres amigo de los chicos. ¿Por qué nadie muestra interés en ella?

Negó lentamente con la cabeza.

—¿Quién demonios lo sabe? Hay algo en Brittany.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Suspiró, cogió un trozo de carne y lo masticó durante un buen rato, como si tuviera que digerir sus propios pensamientos.



—Resulta difícil de explicar. Es atractiva, está en forma. Pero ¡cómo no lo va a estar, si corre varios kilómetros antes del amanecer cada mañana, además de todas esas flexiones y sentadillas y pesas! Siempre me ha resultado extraño en una chica, porque estamos genéticamente predispuestos a estar en forma. Entonces, ¿por qué tanto ejercicio?

—Tú haces ejercicio —le recordé.

—Sí, pero en los tíos es diferente. Es porque somos tíos.

—Las chicas también hacen ejercicio.

—Pero no con la intensidad con la que lo hace Brittany.

Paró de hablar, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—Pero hay algo más. Te miro a ti y siento una conexión profunda de nuestras almas. De lobo a lobo. Incluso cuando conocí a Kayla, sentí ese ¡ting! que significaba que era de los nuestros. Pero con Brittany no siento nada. Es como ver a algunas de las estáticas en el campus de la universidad y saber que no son como nosotros.

—Pero Brittany sí es de los nuestros —insistí.

—Lo sé. No tiene sentido, pero no soy el único que siente vibraciones estáticas cuando está cerca de ella.

—Pero no puede ser una estática. Sus padres son cambiaformas. —Tenían que serlo. Conocía a su madre. Respecto a su padre, nunca lo había visto. Hasta donde yo sabía, nadie lo había conocido. Vivía en Europa, pertenecía a otro clan. Siempre habían sido Brittany y su madre. Pero, aun así, no podía imaginarme que su madre pudiera haberse liado con un estático. Ni siquiera sabía si eso era posible—. Tiene que tener algún tipo de mutación o algo. —Negué con la



cabeza, totalmente aturdida ante tal posibilidad, y repetí—: Es de los nuestros.

—¡Eh, Connor! —gritó uno de los chicos, interrumpiendo nuestra conversación sobre Brittany. Tampoco es que creyera que hubiese mucho más que decir sobre el tema. La mera idea de que ella no fuera una cambiaforma era demasiado extraña incluso como para plantársela siquiera. Hasta donde yo sabía, nunca había pasado nada parecido—. Los mayores nos retan a un partido de tag rugby. Padres contra hijos. ¿Te apuntas?

—Por supuesto.

—Nos vemos en el claro. —Se fue corriendo.

—¿Vas a vernos jugar? —me preguntó Connor.

—Desde luego que sí.

—¿Me das un beso de buena suerte?

Le regalé una sonrisa que esperé que le resultara sexi.

—Ni que tuvieras que pedírmelo.

Se acercó y me besó. Siempre me había sorprendido lo cálida que era su boca, lo agradable y placentero que era que me besara. Tampoco es que hubiera tenido otras experiencias para poder comparar; Connor había sido el primero y el único.

Se apartó y sonrió de oreja a oreja.

—Quiero más de esto cuando haya acabado de patearle el culo a mi viejo.

Rompí a reír mientras él me ayudaba a ponerme en pie. Recogimos los platos y nos dirigimos hacia el claro. Me dio otro beso rápido antes de echar a correr hacia la zona donde Lucas y otros guardianes ocultos estaban esperándolo. Connor era increíblemente grácil y veloz. Me encantaba ver cómo se movía. Era sorprendentemente perfecto.



Pensé en buscar a Kayla y a Brittany entre la gente que se había congregado para ver el partido, pero no estaba de humor para aguantar el síndrome premenstrual de Brittany o lo que quiera que le estuviera pasando. Ni siquiera estaba de humor para oír lo asquerosamente feliz que era Kayla ahora que Lucas y ella se habían encontrado. Me alegraba por ella, pero quizá también estuviera algo celosa de que nunca hubiera albergado dudas sobre sus sentimientos hacia Lucas, mientras que la incertidumbre de mis sentimientos hacia Connor no hacía más que atormentarme.

Me apoyé contra un árbol, disfrutando de su solidez. Amo la naturaleza. Me gusta todo de ella, me consuela y calma. Y en ese momento lo necesitaba. Miré a mi alrededor y supe entonces con tristeza que Connor tenía razón. No había tantas risas como otras veces. Todos parecían conscientes de que nuestro mundo estaba a punto de cambiar, y no nos sentíamos muy cómodos con aquellos cambios que no guardaran relación directa con nuestros cuerpos. Quizá ese era el motivo por el que seguíamos utilizando términos como «pareja» y solo los chicos se declaraban en público. Estábamos chapados a la antigua, si bien de un modo un tanto pintoresco.

La oscuridad era cada vez mayor, así que encendieron unas cuantas antorchas para aquellos de nosotros que todavía no habíamos experimentado nuestra primera transformación. Los que sí podían transformarse poseían la aguda visión nocturna del lobo, incluso aunque estuvieran en forma humana. Después de nuestra transformación inicial, trasladábamos muchas de nuestras capacidades a nuestra forma humana. Por un lado, no podía esperar. Y, por



otro, seguía aterrada. ¿Cómo sería? ¿Y si cometía un error al elegir a mi pareja?

—¿Quién gana?

Mi corazón dio un brinco al escuchar esa voz áspera y familiar tan cerca de mi oreja. No conozco a nadie que se mueva con tanto sigilo como Rafe. Miré por encima del hombro, con la esperanza de que no oyera el latido frenético de mi corazón, y le sonreí de manera distraída.

—Los hijos, creo. ¿Cómo es que no juegas tú?

Su rostro adoptó una expresión extraña, y entonces recordé que su padre había muerto.

—Lo siento. Lo he dicho sin pensar...

—No te preocupes. Tampoco es que fuera una gran pérdida para el clan.

—Pero sí para ti.

—No demasiado. ¿Me lo parece a mí o esta es la celebración del solsticio de verano más triste que hemos tenido?

Resultaba obvio que quería hablar de otra cosa. Su padre había muerto en un accidente de coche que él mismo había provocado al ponerse al volante bebido. Acepté el tema nuevo con alivio.

—Oh, sin duda esta es la más gris de todas.

—¿Quieres escabullirte un rato? Tengo aquí la moto.

Sentí una punzada de placer por el hecho de que me lo hubiera preguntado, pero al instante fui consciente de lo inapropiada que era mi reacción.

—Gracias, pero no puedo.

Porque no podía quitarme ese sueño de la cabeza o por la manera en que me había estado observando en la reunión. Y si estábamos los dos solos, en el bosque...



Lo cierto era que no me fiaba de mí misma. ¿Cedería a la tentación? Rafe despertaba algo en mí, algo en mi interior que no comprendía. Me hacía pensar en acercarme e intimar más con él (y Connor ya había reclamado ese privilegio para sí).

Volví la vista al partido y vi que Connor corría y cogía la cinta que le había pasado Lucas. Solo algunas personas gritaban y vitoreaban. Era como si todo el mundo quisiera asegurarse de que nadie nos oyera en el parque, como si hubiéramos regresado a la más estricta clandestinidad. Tal como estábamos comportándonos, parecía que tuviéramos miedo de nuestra propia sombra.

—Sabes que van a jugar un par de horas más —dijo Rafe—. Somos célebres por nuestra resistencia. Incluso los mayores son como los conejitos de Duracell: y duran y duran y duran...

—Lo sé, pero...

—Vamos, Lindsey. Tan solo es una vuelta en moto. Es mucho más divertido que estar apoyada contra un árbol.

Y yo que pensaba que era hombre de pocas palabras.

Pero tenía razón. Me moría del aburrimiento. Rafe y yo éramos amigos. Podía ir con él y no hacer nada que implicara traicionar a Connor. ¿Podía? Seguro que sí. Nunca he querido hacer daño a Connor. Esa era una de las razones por las que ocultaba muchas de las dudas que tenía acerca de nosotros.

—Connor y yo...

—Lo sé —dijo con cierta nostalgia—. Estáis predestinados. Él tiene tu nombre tatuado en su hombro y todo eso.

Entrecerré los ojos.

—Tú también tienes un tatuaje. ¿De quién es el nombre?



Por lo general un chico se declaraba a su pareja antes de tatuarse en la piel un símbolo que representara su nombre, pero Rafe no era de los que seguían las reglas. Nos habíamos enterado hacía poco de que tenía un tatuaje.

—Ven conmigo —me retó—. Quizá entonces te lo diga.

—No voy a hacer nada que a Connor pudiera disgustarle.

—No voy a pedírtelo.

Su voz tenía un deje de resignación que yo no alcanzaba a comprender del todo. Me hizo preguntarme una vez más si él sentía hacia mí la misma fuerza que me atraía hacia él. Además, no podía negar que sentía curiosidad por su tatuaje.

—No puedo ausentarme mucho tiempo —dije en voz baja. Cuando el partido terminara, Connor iría a buscarme. No quería darle ningún motivo que pudiera poner en duda mi fidelidad. Y cuanto más tiempo pasara con Rafe, mayor sería la posibilidad de que hiciera algo indebido. Como averiguar si sus besos eran en la realidad tan increíbles como en mi sueño.

—Solo una vuelta rápida. Nadie nos echará en falta —prometió.

Lo miré y asentí con la cabeza. Me resultaba más sencillo hacer cosas que no debía si no las decía en voz alta.

